

Investigar el saqueo

Por Ruy Braga¹

El retroceso parece no tener fin. Actualmente, existen 27 proyectos de ley tramitados en el Congreso, cuyo sentido consiste en eliminar o disminuir los derechos de los trabajadores: la reglamentación de la tercerización sin límite, la reducción de la edad de inicio de la actividad laboral de 16 a 14 años, la institucionalización del acuerdo extrajudicial de trabajo que permite la negociación directa entre el empleado y el empleador, el impedimento para el empleado despedido de reclamar ante la Justicia del Trabajo, la suspensión de contrato de trabajo, la prevalencia de los acuerdos negociados sobre la legislación relativa a relaciones laborales; son ejemplos de esta amenaza flagrante para los derechos de los trabajadores².

La lista de agresiones contra la CLT³ simplemente no termina. Debe agregarse a esto, los ataques a los derechos estipulados en la seguridad social y la política de austeridad impuesta al país por veinte años, a través de la inminente aprobación de la PEC 241⁴, para darnos cuenta del sentido del golpe de estado de 2016: asegurar que la profundización de la acumulación por desposesión demarque el modelo de desarrollo brasileiro por las próximas décadas. Si el gobierno de Dilma Rousseff se mostró reticente en relación a esta vía, el gobierno ilegítimo de Michel Temer avanza en todos los frentes a fin de avalar que el Estado garantice los beneficios y privilegios de las oligarquías financieras y grupos rentistas en Brasil.

Finalmente, después de algunos titubeos y vacilaciones de los gobiernos lulistas, el país se colocó definitivamente en concordancia con el proceso de neoliberalización, el cual avanzó en todo el mundo, radicalizando las desigualdades sociales, ampliando las clases subalternas y alimentando un aumento sin recientes precedentes históricos de conflictos distributivos en diferentes contextos nacionales. Es decir, estamos en un período en el cual las contradicciones capitalistas latentes se intensificaron de manera repentina, promoviendo violentas convulsiones sociales, en especial en los países del llamado Sur Global. Tentativa de golpe militar en Turquía, recrudecimiento de la violencia xenófoba en África del Sur, explosiones huelguistas en la India, para quedarse con apenas algunos ejemplos más recientes⁵.

1 Doctor en Ciencias Sociales. Departamento de Sociología. Universidad de San Pablo (USP). E-Mail del contacto: ruybraga@uol.com.br. El artículo es una traducción del texto presentado en portugués por el autor en la edición de este boletín Onteaiken. Créditos de la traducción: Pedro Robertt y Diego Quattrini.

2 Sin mencionar de la prevalencia de los Convenios Colectivos de Trabajo sobre las Instrucciones Regulatorias del Ministerio de Trabajo, la libre estimulación de las relaciones laborales entre trabajadores y empleadores sin participación del sindicato, la reglamentación del trabajo intermitente por día o por hora, la disminución de la jornada con reducción de salarios, la creación de un consorcio de empresarios urbanos para la contratación de trabajadores, el establecimiento de categorías de trabajadores con beneficios laborales disminuidos, la anulación del 10% de multa por despido sin justa causa, etc.

3 CLT es el Regimen Legal de Protección al Trabajador en Brasil. Institución creada en 1943, que ha tenido hasta hoy un conjunto de alteraciones y adaptaciones de actualización (Nota del Editor).

4 Hace referencia a la propuesta de enmienda constitucional. Esta es un aditivo a la constitución que permite alterarla (Nota del Editor)

5 Aun cuando aparentemente las crisis pierden fuerza, como en los casos de Estados Unidos o del sur de Europa, se trata de un intervalo que precede al avance del peligro fascista, como ocurrió recientemente en



En suma, la profundización de la crisis capitalista ha promovido y amplificado las innumerables tensiones sociales derivadas, entre otras razones, del persistente problema del desempleo de masas, de las sacudidas bruscas en los países del grupo de los BRICS (Brasil, Rusia, India, China y África del Sur) y del ritmo de crecimiento mediocre en las economías capitalistas avanzadas. En este contexto, es urgente que las fuerzas sociales progresistas consigan interpretar de manera coherente aquello que se está desarrollando hace visible ante nuestros ojos, pero, que muchas veces no somos capaces de percibir debido a la fragilidad de nuestros instrumentos teóricos tradicionales.

Los socialistas en general necesitan reinventar sus prácticas para hacer frente a las amenazas traídas por este verdadero tsunami neoliberal, que desde el año 2008 ha arrasado el sistema de diques y canales de contención, colectivamente contruidos durante décadas de institucionalización de luchas de clases, en los ámbitos nacionales, a fin de contener las amenazas de la mercantilización de la vida. Para ello, es necesario que el marxismo sea “reconstruido”, esto es, actualizado y radicalizado.

El geógrafo marxista inglés radicado en los Estados Unidos, David Harvey (2016), trabajó en las últimas dos décadas en función de este proyecto. Su libro reciente publicado en Brasil por la editora Boitempo, *17 contradicciones y el fin del capitalismo*, llegó en una hora por demás apropiada, para reflexionar sobre las consecuencias sociales y medioambientales de la actual ola de neoliberalización de la sociedad en escala global⁶.

Harvey sitúa acertadamente esta tarea en el análisis de los fundamentos de la crisis general, cuya raíz debe ser buscada en la profundización de las contradicciones sociales fundamentales del propio sistema del capital. En otras palabras, cuando las crisis localizadas se refuerzan mutuamente, como sucedió entre 2007 y 2009 en los países del capitalismo avanzado, por ejemplo, ocurre después inevitablemente una crisis general marcada por la aceleración de las fases disruptivas en las cuales capital se recompone en una forma más depredatoria, y por lo tanto aún más destructiva. Este es el contexto histórico en el que actúan los movimientos sociales que buscan intervenir en las luchas redistributivas contemporáneas.

Estos movimientos se han enfrentado con una coyuntura marcada por el ataque sistemático a los derechos de los trabajadores y a la seguridad social, engendrada por lo que Harvey denomina “política de acumulación por desposesión”. Por lo tanto, la limitación o la misma eliminación de los derechos sociales conquistados por los trabajadores, como el derecho a la jubilación, así como los derechos a la salud y a la educación pública y de calidad -por medio de las privatizaciones de los gastos públicos-, amplía la desposesión racionalizada a través de las llamadas políticas de austeridad. La necesidad de un contramovimiento social capaz de reaccionar a este proceso de mercantilización de los derechos sociales subyacentes a la acumulación por desposesión condujo a Harvey a concluir que:

La organización en contra de esta forma de acumulación por desposesión (la formación de un movimiento anti-austeridad, por ejemplo) y la reivindicación de precios más bajos y mayor eficacia en los planes de vivienda, educación, salud y servicios sociales, son tan importantes para la lucha de clases como la lucha contra la explotación en el mercado y en el lugar de trabajo. Pero la izquierda, obcecada por la figura del obrero como portador de la conciencia de clase y símbolo de la ambición socialista, no consigue incorporar este otro mundo de las prácticas de clase a su forma de pensar sus estrategias políticas (2016: 72)

las elecciones alemanas o con el crecimiento de la candidatura de Donald Trump.

6 Para más detalles ver Harvey (2016).



De ahí su insistencia de traer para un primer plano político los derechos sociales de la clase trabajadora precaria y globalizada ampliada por los ataques promovidos por el neoliberalismo. En pocas palabras, Harvey entiende que las transformaciones tanto en el trabajo, como en la vida social - engendradas por el ciclo de contrarreformas inaugurado por el neoliberalismo que ganó impulso a fines de la década de 1970 en los países capitalistas avanzados, y en los años 1980 en los países del llamado Sur global - fueron las principales responsables del aumento de la desigualdad en el mundo. Paralelamente, estas transformaciones pasaron a promover inquietudes sociales cada día más aguda, impulsando protestas violentas a escala mundial.

En la realidad, la actual ola de neoliberalización del trabajo consistiría básicamente de una amplia ofensiva política contra los sindicatos y los partidos políticos de izquierda que intentan proteger a las clases subalternas de los impactos causados por la profundización de las desigualdades estimulada por la crisis capitalista, con un fuerte deterioro de las condiciones de reproducción de las clases trabajadoras. Por lo tanto, el desarrollo desigual y combinado existente entre la mundialización de la división del trabajo y el aumento de la desigualdad agravaría la alienación social de las clases sociales subalternas en diferentes regiones del planeta, incitando la transición de una postura pasiva de esas masas precarizadas, sobre todo urbanas, hacia una actitud de desafío a la mercantilización

Tal vez la tesis más productiva de Harvey, desde que el geógrafo inglés elaboró su programa de “reconstruir” la teoría de Marx a la luz de las contradicciones capitalistas contemporáneas, sea exactamente afirmar que *“en el centro de lo que define fundamentalmente el capitalismo, hay una economía basada en el despojo”* (Harvey, 2016: 60). En otras palabras, se trata de una radicalización del análisis de la acumulación primitiva elaborado por Marx al final del libro I de El capital, combinado tanto por la aprehensión de la unidad dialéctica entre producción y realización de plusvalía, como por la interpretación histórica elaborada por Karl Polanyi sobre la mercantilización de la tierra, del trabajo y del dinero durante el siglo XIX.

Con la reconstrucción de la teoría de la acumulación primitiva de Marx combinándola con la teoría de la mercantilización de la sociedad y de la naturaleza de Polanyi, Harvey logró llegar a una comprensión de las formas contemporáneas de la acumulación por desposesión social, que sirve para ubicar en un primer plano tanto las políticas de austeridad impuestas a los diferentes países por las fuerzas del mercado mundial, como su medio privilegiado, esto es, la racionalización de la violencia política monopolizado por el Estado nacional.

Así llegamos a una forma de dominación apoyada en el despojo tanto del excedente económico como de los derechos sociales de los trabajadores, cuyo significado consiste en garantizar los beneficios de los grandes propietarios y accionistas, incluso en un contexto mundial marcado por la crisis de valorización. Como corolario ideológico de esta forma de dominación encontramos el dogma neoliberal, el cual dice que todo lo que es común y público en el planeta debería ser privatizado en beneficio de la eficiencia económica.

Cuando las clases subalternas, por alguna razón, deciden rebelarse contra el acceso insuficiente a los valores de uso esenciales que están limitando o incluso, simplemente eliminando las garantías de los derechos sociales, acaban siendo violentamente reprimidas por el Estado. En resumen, tras la mercantilización, la monetización y la privatización de la fuerza de trabajo, encontramos un motor movido por la violencia política al servicio del despojo de los derechos laborales y de la seguridad social de la mayoría de la población trabajadora.



De ahí la insistencia de Harvey en afirmar que la contradicción entre capital y trabajo no debe ser interpretada por los marxistas como la fuente básica de todas las formas de crisis y, consecuentemente, la razón última de las luchas políticas de las organizaciones y movimientos anticapitalistas. En realidad, otras fuentes de conflicto clasista se suman a la contradicción entre capital y trabajo en un mundo que está cada día más marcado por la profundización de la política de austeridad. Por lo tanto, además de las movilizaciones en torno a las cuestiones del trabajo, los marxistas críticos deberían, como lo plantea el geógrafo marxista, permanecer abiertos a la importancia de otros dominios de la lucha de clases en la sociedad contemporánea, como son, por ejemplo, las luchas sociales urbanas protagonizadas por los trabajadores sin vivienda/hogar.

Por cierto, tanto la política de acumulación por despojo como su racionalización tecnocrática, es decir, la política de austeridad, promueven una extracción de los ingresos económicos y de la riqueza de los trabajadores, mediante, sobre todo de la mercantilización de las tierras urbanas. Así, los trabajadores, incluso cuando son capaces de alcanzar alguna concesión salarial en el mercado laboral, usualmente sacrifican sus ganancias debido al aumento de los precios de los alquileres o a las formas depredadoras del financiamiento de su casa propia. Lo que obtiene el trabajador en la producción, retorna al dueño del dinero en forma de renta de la tierra o por medio del pago de los servicios esenciales mercantilizados. Sin mencionar el aumento del endeudamiento de las familias trabajadoras que las obliga a la multiplicación de jornadas de trabajo o a emprender en el sector informal de la economía.

Al insistir en la importancia de esta dimensión de la lucha social contemporánea, Harvey no hace más que radicalizar el pensamiento de Marx cuando analiza las contradicciones de realización de la plusvalía, de manera articulada a las cuestiones de producción de la plusvalía. Es decir, cuando Marx afirma la necesidad de pensar la reproducción ampliada del capital como una unidad contradictoria entre la producción y la realización del plus-valor. De ahí la necesidad de actualizar la teoría marxista por medio de la incorporación de aquellos sectores de la clase trabajadora que normalmente no son privilegiados en el análisis de las luchas sociales, como los trabajadores de telemarketing, los trabajadores del sector de los servicios, los barrenderos en las calles, los vendedores ambulantes, las empleadas domésticas, los choferes y cobradores de ómnibus urbanos, los profesores, etc.

Después de todo, la solución del capital para el actual proceso de crisis económica consiste, principalmente, en saquear los fondos públicos en desmedro de los derechos de la ciudadanía. Evidentemente, esto implica limitar o eliminar una amplia gama de derechos democráticos, incluido los derechos a la jubilación y a la salud, hoy más urgentes, cuando pensamos en la simple subsistencia de los trabajadores sometidos a condiciones cada vez más precarias de vida y de trabajo. Siguiendo el análisis del desarrollo desigual y combinado de la actual crisis económica, Harvey revela cómo la débil recuperación de los mercados globales después de la crisis de 2008 y 2009 se debió en gran medida al crecimiento económico de los BRICS y, a partir de 2012, con la progresiva desaceleración del motor económico mundial causada por el agotamiento del super-ciclo de los commodities. Estos países comenzaron a experimentar un aumento en gran escala de la inquietud social de sus respectivas clases subalternas, en especial, del precariado urbano.

En resumen, una distribución cada vez más desigual de la renta y de la riqueza, en tantas regiones del planeta, nos ayuda a explicar los niveles ascendentes de revueltas populares y la inestabilidad social verificada a partir del 2012. En este sentido, es posible



prever que el actual ciclo de revueltas populares protagonizado por los trabajadores precarios en diferentes países del Sur global, anuncia que la crisis económica mundial está lejos de llegar a su fin y, probablemente, la espiral descendente de las condiciones de vida de esos trabajadores continuará funcionando como un elemento catalizador de la insatisfacción con las políticas de austeridad impuestas mundialmente a los trabajadores.

En el caso brasilero, si las jornadas de junio de 2013 emergieron en un momento todavía marcado por un proceso de desconcentración modesta de la riqueza entre aquellos que viven del trabajo y motivado en parte por el aumento de las expectativas de las clases subalternas, la dinámica de la lucha política que se hizo visible, a partir de entonces, en el país, ha avanzado en un sentido claramente regresivo y, por tanto, en sintonía con el resto del mundo. La política de austeridad inaugurada por Dilma Rousseff, en el inicio de su segundo mandato, no sólo alejó a su electorado y sus bases sociales, generó las bases para que, conforme con la teoría de la acumulación por desposesión de Harvey, la reacción neoliberal se emancipase de su envoltorio lulista a fin de arrasar con el sistema de contención de diques y canales de contención construidos colectivamente durante décadas de institucionalización de las luchas de clases, ya sea a través del Código de Trabajo o de la Constitución de 1988.

El nuevo libro de David Harvey se pregunta -en diferentes momentos sobre “cuando va a surgir un movimiento político de masas de los desposeídos para recuperar lo que fue perdido.” Para los socialistas, se trata de la cuestión clave del mundo contemporáneo. Y a pesar de que no tener una respuesta a esta pregunta, si aceptamos las sugerencias teóricas de Harvey, al menos dos tendencias evolutivas se hacen nítidas. Por un lado, el movimiento de la masa de los desposeídos será liderado por el precariado urbano y, por otro, en una economía dominada por la acumulación por desposesión, cualquier programa político que proponga la disminución de las desigualdades de los ingresos y de la riqueza inevitablemente amenazaré la reproducción del capital.

En verdad, el nuevo libro de Harvey hace que no olvidemos ni por un instante el dilema fatal destacado tanto por Engels como por Rosa Luxemburgo: la sociedad burguesa avanzará hacia el socialismo o recaerá fatalmente en la barbarie.

Referencias

HARVEY, D. (2016). 17 contradicções e o fim do capitalismo, São Paulo, Boitempo.

